Levanté la cabeza hacia la casa frente a la cual estábamos. Filas de balcones se sucedían iguales con su hierro oscuro, guardando el secreto de las viviendas. Los miré y no pude adivinar cuáles serían aquellos a los que en adelante yo me asomaría. Con las manos un poco temblorosas dí unas monedas al vigilante, y cuando él cerró el portal detrás de mí, con gran temblor de hierro y cristales, comencé a subir muy despacio la escalera, cargada con mi maleta.

 Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo.

 Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar a aquellas personas desconocidas, que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie contestó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblorosa:

 “¡ya va! ¡ya va!”

 Unos pies arrastrándose y unas manos torpes descorriendo cerrojos.

 Luego me pareció todo una pesadilla.

 Lo que estaba delante de mi era un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla que quedaba sujeta a uno de los brazos de la lámpara, magnífica y sucia de telarañas, que colgaba del techo. Un fondo oscuro de muebles colocados unos sobre otros como en las mudanzas. Y en primer término la mancha blanquinegra de un viejecita decrépita, en camisón, con una toquilla echada sobre los hombros. Quise pensar que me había equivocado de piso, pero aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce, que tuve la seguridad de que era mi abuela.

 \_¿Eres tú, Gloria?\_ dijo cuchicheando.

 Yo negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero ella no podía verme en la sombra.

 \_Pasa, pasa, hija mía. ¿Qué haces ahí? ¡ por dios! ¡Que no se dé cuenta Angustias de que vuelves a estas horas!

 Intrigada arrastré la maleta y cerré la puerta detrás de mí. Entonces la pobre vieja empezó a balbucear algo, desconcertada.

 \_¿No me conoces, abuela? soy Andrea.

 \_¿Andrea?

 Vacilaba. Hacía esfuerzos por recordar. Aquello era lastimoso.

 \_sí, querida, tu nieta… no pude llegar esta mañana como había escrito.

 La anciana seguía sin comprender gran cosa, cuando de una de las puertas del recibidor salió en pijama un tipo descarnado y alto que se hizo cargo de la situación. Era uno de mis tíos, Juan. Tenía la cara llena de concavidades, como una calavera, a la luz de la única bombilla de la lámpara. En cuanto él me dio unos golpecitos en el hombro y me llamó sobrina, la abuelita me echó los brazos al cuello con los ojos claros llenos de lágrimas y dijo “pobrecita” muchas veces…

 En toda aquella escena había algo angustioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido. Al levantar los ojos vi que habían aparecido varias mujeres fantasmales. Casi sentí mi piel al vislumbrar a una de ellas, vestida con un traje negro que tenía trazas de camisón de dormir. Todo en aquella mujer parecía horrible y destrozado, hasta la verdosa dentadura que me sonreía. La seguía un perro que bostezaba ruidosamente, negro también el animal , como una prolongación de su luto. Luego me dijeron que era la criada, pero nunca otra criatura me ha producido impresión más desagradable.

 Yo estaba aún sintiendo la cabeza de mi abuela sobre mi hombro, apretada por su brazo y todas aquellas figuras me parecían igualmente alargadas y sombrías, quietas y tristes, como luces de un velatorio de pueblo.

 Nada (Carmen Laforet)